

En las flores de mayo

¡Qué bellas son las flores; sí! ¡Qué bellas!
 En su búcaro azul,
 son vistoso tropel de mariposas
 embriagadas de luz.
 ¡Qué bellas son las flores!
 Pero, más bella que ellas, eres tú.
 Y tan perecedera como ellas.
 Y sujeta, como ellas, a la decrepitud.
 Que no es malo morir; morimos todos.
 El morir no es sorpresa; no es albur.
 Lo malo es la vejez sin ilusiones.
 Ir notando el rum rum
 del roce de la sangre en las arterias,
 y en las carnes el frío letal de la segur.

Esas pintadas flores que contemplas,
 hasta marchitas fingen esplendor.
 Sus hojas unas de otras se separan
 y forman un montón
 leve, aromado de melancolía,
 que aún conserva su aroma y su color.
 La más sutil corriente las arrastra;
 la sola campanada de un reloj
 las bambolea y hace que descendan
 al son que el Tiempo marca en su canción.
 Así caeremos todos, alma mía;
 así caeremos todos. ¡Qué dolor!
 Así caerán tus galas y belleza.
 Y este arbusto leñoso que soy yo...
 El brillo de los ojos se hará barro...
 Y el raso de la piel, desolación.

No hay nada eterno; nada hay permanente.
 Tan sólo la virtud
 nos sobrevive y nos eleva al Seno
 del Hijo de María, colgado de la Cruz.

RAFAEL GONZALEZ CASTELL

Estudios Guadalupanos

por el Doctor GONZALO VEGAS FABIAN †
 C. de la Real Academia de Farmacia

QUY interesante es el tema de la cerámica en conexión con la Botica monacal, objeto de estos estudios. Por los inventarios transcritos en nuestra Memoria del doctorado, (1) y por otros que leímos en el archivo conventual, conocemos la riqueza en ejemplares de artística loza que tuvo la farmacia de Guadalupe. Tales envases eran suministrados por los alfares de Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo, y también por otros que debieron de existir en Alía, pueblo cacereño muy cercano al Monasterio, pues concretamente constan estas tres procedencias en dichos inventarios. Nosotros hemos visto algunos botes que aún se conservan en el Convento y en algunas casas particulares, tanto del pueblo de Guadalupe como de los inmediatos. Abundan poco los de la forma llamada *alvarelos*, y la mayoría posiblemente son de otras boticas distintas de la monástica de que tratamos. Hay más con figura de *tinajilla*, o sea que carecen del estrechamiento que aquellos forman en su parte media, a fin de que sea más fácil manejarlos. Las tinajillas, de alto y torneado copete, son la mayoría de fondo blanco lechoso y vivos colores azules, y tienen nuestra típica rotulata abreviada de los tiempos antiguos. Los envases cerámicos de Guadalupe son fáciles de conocer y distinguir, pues llevan estampado el blasón de la Orden Jerónima, con atributos cardenalicios, sobresaliendo en lugar preferente un jarrón colmado de azucenas, elegido para simbolizar esta advocación de María Santísima, siempre con este letrero, «*Langüido Collo Nitet*» (Brilla por su humildad). Así que tal jarrón de azucenas, puede afirmarse que constituye lo que pudiéramos llamar «armas de Guadalupe», añadidas por los jerónimos a las adoptadas por la Orden.

Hacemos sucinta mención de ciertos botes que nos mostraron en una casa particular. Esta antigua variedad nos hizo recordar aquellos otros del siglo XV azulados o de reflejo metálico, con sencillos dibujos mudéjares, tan apreciados por los coleccionistas entendidos en la materia. Los ceramistas afirman que estos botes desaparecen en el siglo XV, cuando los Reyes Católicos expulsaron a los árabes, quienes se llevaron el secreto de su fabricación. Pero los alcalleres de Puente del Arzobispo conservaron en sus dibujos pequeña influencia mudéjar, y de ella queda algún ejemplar en poder

(1) «LA BOTICA DEL REAL MONASTERIO DE GUADALUPE (Contribución a su estudio)». Tesis doctoral inédita, por *Gonzalo Vegas Fabián*.